

3) “UNA FORMA MÁS REFINADA DE MATAR...”

Era el día 22 y los horrores de la guerra de trincheras que describe Remarque en su novela “Sin Novedad en el Frente” se habían suspendido; hoy, era del video y las imágenes que dominan todo, es accesible en CD para que vea esos horrores desde la comodidad de su sala... (10a) o, si prefiere leerlo, consulte (10b). Todo era silencio en aquella tarde tibia y soleada. Una suave brisa que venía del norte, retaguardia de las tropas alemanas, cruzaba la “tierra de nadie” entre las trincheras y abanicaba la cara de los soldados aliados ubicados en la villa de Langemarck. No había repiquetear de ametralladoras ni asalto a bayoneta calada. Aunque separados por unos cuantos metros, las divisiones 23 a 26 del ejército alemán se agazapaban en sus trincheras desde el amanecer, para no delatar su presencia. Entonces el viento se hizo más fuerte y llegó la orden de ataque. Eran exactamente las 17 horas, puntualidad teutona, cuando tres bengalas rojas surcaron el cielo desde el lado germano (¡como en la matanza de estudiantes y pueblo en México, Tlaltelolco en 1968! ¿Qué les parece?). Se inició un fuerte cañoneo sobre las trincheras aliadas, que vieron en ese momento cómo se desplazaba hacia ellos una densa nube amarillo-verdosa. Fuera del campo visual, los técnicos alemanes especialmente ubicados habían abierto las válvulas de 6,000 cilindros conteniendo cloro nativo en estado gaseoso a presión. Las casi doscientas toneladas del gas habían producido una nube de casi 2 metros de alto a lo largo del frente, tan intensa que no se veían soldado con vecino. En el momento en que la nube los alcanzaba, los soldados aliados se levantaban súbitamente braceando al aire y tomándose la garganta. Hacían un esfuerzo supremo por respirar y caían desfallecidos sofocándose (11). Con extrema cautela, detrás de la nube de cloro, avanzó la infantería alemana portando primitivos “respiradores” que cubrían su cara. Veían escenas dantescas: los enemigos muertos, con los brazos extendidos como buscando aire fresco y los heridos y agonizantes, con un ruido estertóreo que los hacía toser y arrojar bocanadas de fluido amarillento –el cloro no asfixia, desprende la mucosa de las vías respiratorias y ahoga–. Los objetos metálicos que tocó el cloro, incluidos los fusiles, estaban manchados de color verdoso y oxidados como después de meses a la intemperie. El ataque con gas abrió un hueco de dos kilómetros en la línea aliada y fue tal la sorpresa en ambos bandos, que el general alemán Falkenhayn no avanzó y se dice que ahí perdió la oportunidad de ganar la guerra. Ese día la pareja Haber–Falkenhayn, produjo 5,000 soldados muertos y 10,000 heridos.

Cinco meses después, el general Haig se preparaba para realizar el primer contraataque inglés con gas –en Loos–. A las 5:30 a.m. se abrieron los cilindros con cloro bajo leve brisa pero, súbitamente el viento cambió de sentido y los primeros

gaseados por el ejército británico... fueron miles de los propios soldados ingleses. Evidentemente la guerra química requiere de un buen pronóstico del clima, vientos dominantes y otros imprevistos (10b).

Para hacer breve una historia larga, baste señalar que al final de la guerra 1914–1918, 1,300,000 hombres habían sido lesionados y 91,000 habían muerto bajo el efecto de las 112,000 toneladas de gases tóxicos utilizados a razón de: Alemania 52,000 toneladas; Francia 26,000; Inglaterra 14,000; Austria–Hungría 8,000; Italia 6,000; Rusia 5,000; EUA 1,000

Un informe relativo a los 1,270 pensionados de guerra que habían sobrevivido ataques con gas y que todavía vivían en 1930, padecían en un 80% bronquitis, laringitis, conjuntivitis y fibrosis crónicas, así como afonía y cáncer del pulmón; por razones de “seguridad nacional” dicho informe no se divulgaría hasta mucho años después (11), figura 8



Figura 8.- DOS ESCENAS DE la primera Guerra Mundial 1914-1918; la supuesta guerra que “acabaría con todas las guerras futuras...”

Los gases “asfixiantes” hicieron así su aparición, empleados por el entonces país más avanzado en química y con desarrollos tecnológicos de Fritz Haber, director del Instituto Káiser Wilhem de Berlín. Después del éxito obtenido con el cloro, Haber y sus discípulos

dedicarían su ciencia y tecnología a mejorar los gases letales, que se innovarían con potencia cada vez mayor: Cloro puro, Gas Mostaza, Yperita, Lewisita, Fosgeno, Sarín, Tabun, Soman, y sucesivamente otros con nombres igualmente impresionantes; ya no necesitaban ser respirados para matar, bastaba el contacto de un milésimo de gota con la piel, para surtir su efecto neurotóxico en dos minutos. No bastaba ya una mascarilla protectora para sobrevivir, se requeriría un traje impermeable completo. Haber había inventado una forma nueva de hacer la guerra, sin importarle que su esposa Clara Immerwahr, novia de toda su vida, al no lograr disuadirlo de su nueva empresa, para ella carente de toda ética militar y científica, se suicidara (12).

Talentoso y versátil Haber, creador de las armas biotóxicas lo fue también de procesos químicos pacíficos para la producción en gran escala de fertilizantes agrícolas sintéticos, mediante el conocido "Método Haber-Bosch" que fija nitrógeno atmosférico para convertirlo en amoníaco, base de los fertilizantes. Su método, que no técnica, de paso acabó a principios del siglo XX con la industria de recolección del "guano" o "nitratos" de Chile y Perú. Al contrario de Clara Haber, el Comité del Premio Nobel desestimó el lado oscuro de Fritz, y le otorgó la máxima preseña en ciencia para el año de 1918. Herr Professor Haber, que había huido a Suiza pensando que sería enjuiciado como el primer criminal de guerra de la historia moderna, seguramente se sorprendió, sonrió, se quitó el disfraz y los postizos aprestándose para recibir el premio un año después, ya tranquilo el mundo. En su discurso recepcional del Nobel, el renombrado Director sentenció: "En ninguna guerra futura los militares podrán ignorar los gases tóxicos, son una forma más refinada de matar..."(13) (14).

Después de la primera Guerra Mundial y ante el surgimiento del nazismo, Haber huyó de su querida Alemania por ser judío, aceptaría un puesto en la Universidad de Cambridge G.B. –paradojas de la vida– muriendo hacia 1934 en Suiza, a los 65 años durante un viaje. Su hijo Ludwig F. Haber, también químico, escribiría su propia versión del surgimiento de las armas químicas, subrayando el imperativo del "amor a la patria" en su padre (15). Al respecto procede recordar que entre las personas instruidas en la cultura cristiano-latina el "hacer algo malo" es lo penado, mientras que en la judeo-sajona, dejar de hacerlo, si es por amor a la patria, es lo punible, figura 9.



ROBERT HARRIS AND
JEREMY PAXMAN
**A HIGHER FORM
OF KILLING**
THE SECRET STORY OF
GAS AND GERM WARFARE



Figura 9.- RETRATO DE FRITZ HABER, eminente químico alemán que siendo judío se comportaba como prusiano; portada de un libro citándolo al recibir el Premio Nobel.